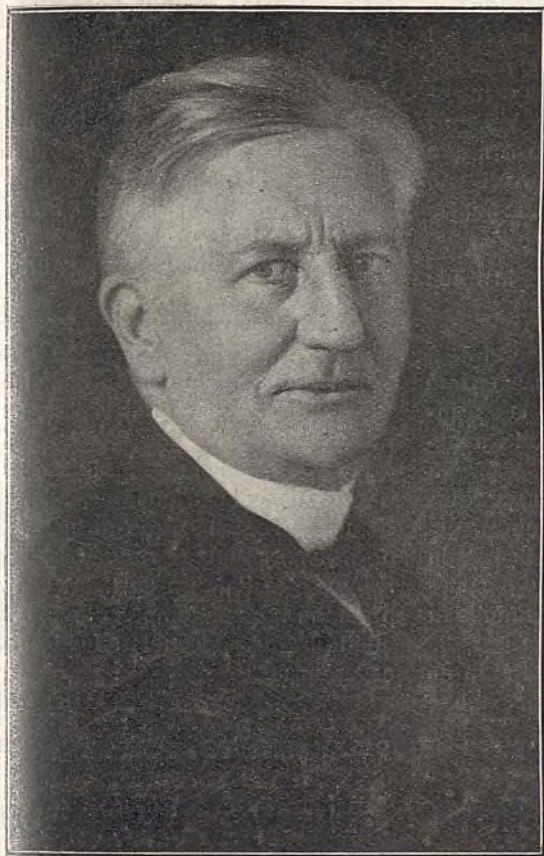


ESPAÑA EVANGÉLICA

AÑO XI. — NÚM. 550

Madrid, 14 de Agosto de 1930

PRECIO: 15 CÉNTS.



LAS GRANDES FIGURAS DEL PROTESTANTISMO

D. IHMELS

OBISPO LUTERANO DE SAJONIA

Me alegro poder enviar un cariñoso saludo a los hermanos de España. Es uno de los artículos más grandes y consoladores de nuestra Confesión de fe que podamos decir por solos y abandonados que creamos estar: CREO EN UNA COMUNIÓN DE LOS SANTOS. Sólo puedo desear, de todo corazón, que entre los hermanos de allá crezca continuamente esta comunión, y unos con otros se conforten y juntamente peleen la buena batalla. Entonces nosotros nos gozaremos en poder tener con ellos comunión espiritual. Sólo puedo decir:

Dios ayude a los hermanos allá como también a nosotros, para que nos mantengamos firmes en el antiguo Evangelio salvador y que este Evangelio sea nuestro consuelo en la vida y en la muerte.

SABEMOS EN QUIÉN HEMOS CREÍDO.

D. IHMELS

Sajonia, 15 de Julio de 1930.

LA REGLA DE FE

TODAS las diferencias que separan el Cristianismo Evangélico del Catolicismo Romano son resultado natural y lógico de la diferente regla de fe adoptada por las Iglesias protestantes y la Iglesia de Roma.

Una regla de fe sencilla.

Para las Iglesias nacidas de la Reforma del siglo XVI, la regla de fe es muy sencilla: la Palabra de Dios, contenida en las Sagradas Escrituras del Antiguo y del Nuevo Testamento. En la práctica, es una regla más sencilla todavía: las enseñanzas de Jesucristo y de sus Apóstoles, conservadas en el Nuevo Testamento. Pero como el Antiguo y el Nuevo Testamento están tan estrechamente enlazados que forman una sola y continua revelación de Dios, que va desenvolviéndose hasta alcanzar su perfección en Cristo, los reformadores tomaron como su regla de fe las

Sagradas Escrituras que forman el libro sin igual que llamamos la *Biblia*, el Libro por excelencia, el Libro de Dios.

Es un principio común a todas las Iglesias evangélicas que ninguna doctrina se puede imponer a los cristianos como artículo de fe que no pueda demostrarse por las Sagradas Escrituras.

Una regla de fe complicada.

La Iglesia de Roma ha formulado dogmas y ha establecido prácticas para las cuales es imposible encontrar un fundamento sólido en las palabras de nuestro Señor Jesucristo y de sus Apóstoles, contenidas en el Nuevo Testamento. Tenía que darles otra base y la ha buscado en la Tradición.

El Concilio de Trento declara en uno de sus cánones (*De Can. Script.*) que la verdad salvadora se encuentra en los libros del Antiguo y del Nuevo Testamen-

to y en las tradiciones no escritas, recibidas de la misma boca de Cristo o de sus Apóstoles, inspirados por el Espíritu Santo, y transmitidas hasta nosotros como de mano en mano; y que estas tradiciones han de ser tenidas en igual amor y reverencia piadosa (*pari pietatis affectu ac reverentia*) que aquellas Escrituras.

Todo ello sería bastante claro si la Iglesia nos dijera cuáles son esas palabras recibidas de la misma boca de Cristo o de sus Apóstoles. Pero no lo hace. Debemos admitir, sin más razón que la palabra misma de la Iglesia, que cuando ella promulga un dogma o impone una práctica, es porque la ha encontrado en la tradición, aunque para encontrarla haya necesitado diez y nueve siglos como ha sucedido con sus dogmas más nuevos de la Inmaculada Concepción de María y de la Infabilidad del Papa, ambos proclamados por Pío IX.

Dos clases de Tradición.

Los protestantes no tenemos nada contra la *Tradición*, cuando es genuina y verdadera. Más aún, sabemos que la tradición ha sido de incalculable valor para la Iglesia Cristiana. Una gran parte de lo que es ahora el Nuevo Testamento fué por algún tiempo tradición. Antes de que los cuatro Evangelios se escribieran, las palabras, los milagros, la historia de la muerte y de la resurrección del Señor, eran transmitidos oralmente. La tradición dice que San Marcos escribió su Evangelio recordando o tal vez escribiendo al dictado las narraciones de San Pedro. Antes de ser puesto por escrito el Evangelio de San Marcos, había sido muy a menudo repetido oralmente. Esta tradición los protestantes la aprecian tanto y más que los católicos romanos, porque esta tradición es exactamente lo mismo que la palabra escrita.

Los controversistas romanos citan a veces en defensa de la tradición las palabras de San Pablo: «Retened la doctrina (la tradición) que habéis aprendido, sea por palabra, o por carta nuestra». Pero la tradición aquí no es cosa diferente de la Palabra escrita; en algunos casos es la misma Palabra escrita: «por carta nuestra». En las Epístolas de San Pablo, como en las demás Epístolas del Nuevo Testamento, tenemos la verdadera tradición apostólica.

Pero cuando se trata de tradiciones que tan claramente se apartan de la verdad apostólica, como muchas de las que mantiene la Iglesia de Roma, debemos aplicar a ellas aquellas otras palabras del mismo Apóstol: «Mirad que ninguno os engañe por filosofías y vanas sutilezas, según las tradiciones de los hombres, y no según Cristo». (Col., II, 8).

Cristo y la tradición.

Los apologistas de la tradición encuentran muy poco apoyo en las palabras de Cristo. Cuando habló con los fariseos acerca de la tradición lo hizo para desautorizarla y para condenar el uso que de ella se hacía. Porque es interesante observar que en los días en que nuestro Señor vivió entre los hombres se había producido en la Iglesia judía un fenómeno notablemente parecido al que se da actualmente en la Iglesia de Roma. Tenían los judíos las Sagradas Escrituras del Antiguo Testamento, por un lado, y la tradición de los ancianos, por otro. Es interesante también observar cómo los teólogos judíos, los rabinos, habían ido exaltando la tradición hasta ponerla al mismo nivel que las Sagradas Escrituras. Sus fórmulas tienen una curiosa semejanza con las de los teólogos de Roma. La tradición, decían, era tan antigua como las Escrituras. Había sido dada directamente por Dios a Moisés, en el mon-

te Sinaí, y transmitida oralmente de unos maestros a otros, sin interrupción ni merma alguna. Le atribuían la misma autoridad que a la Palabra escrita.

¿Aprobó Jesucristo aquellas enseñanzas de los rabinos judíos? Ni por un momento. No tuvo para la tradición sino palabras de desprecio. «¿Por qué tus discípulos transgreden la tradición de los ancianos?», le preguntaron en una ocasión los fariseos. Y Él les respondió: «¿por qué también vosotros transgredís el mandamiento de Dios por vuestra tradición?» y citó, condenándola, la regla llamada del Corbán, por la cual un hombre podía negar a sus ancianos padres el socorro necesario, si hacía la intención de consagrar al servicio del Templo aquello con que pudiera ayudarles. «Habéis invalidado el mandamiento de Dios por vuestra tradición».

La Tradición invalida la Palabra.

El corazón humano es siempre el mismo, y los fenómenos religiosos tienen una tendencia natural a repetirse, como las demás manifestaciones del espíritu humano, allí donde se deja campo libre a los hombres para que añadan sus propias invenciones a lo que Dios ha enseñado.

Lo que la tradición hizo en la Iglesia judía es lo mismo que ha hecho después en la Iglesia de Roma: ha invalidado la Palabra de Dios.

¿Qué valor le queda a la Palabra de Dios, si por la tradición pueden estable-

cerse dogmas e imponerse leyes que están en abierta oposición con ella?

¿De qué sirve que la Palabra de Dios diga que no hay más que un Mediador entre Dios y los hombres, Jesucristo hombre, si luego, por la tradición, la Iglesia recomienda a la devoción de los fieles un sinnúmero de mediadores y abogados?

¿De qué sirve que San Pablo enseñe que «por gracia sois salvos, mediante la fe, y esto no de vosotros, pues es don de Dios», si la tradición enseña luego que las penitencias, ayunos, peregrinaciones, limosnas y buenas obras, ayudan a nuestra salvación?

¿De qué sirve que la Palabra de Dios asegure al creyente de que ninguna condenación hay para los que están en Cristo Jesús, si la Iglesia ha encontrado en la tradición un lugar llamado Purgatorio, donde las almas de los creyentes tienen que purificarse mediante terribles sufrimientos?

Y así sucesivamente de otros muchos dogmas, que la Iglesia Romana ha sacado de su tradición, invalidan la Palabra de Dios; le quitan todo su valor, toda su autoridad.

No es posible mantener juntas la Palabra de Dios y las tradiciones falsas de los hombres. Teniendo que desechar una u otra, los cristianos evangélicos nos adherimos a la Palabra de Dios, que vive y permanece para siempre, el único fundamento seguro de nuestra fe, de nuestras esperanzas.

C. ARAUJO GARCÍA

Los libros apócrifos del Nuevo Testamento.

Y A la sola palabra «libro apócrifo» infunde al lector evangélico un cierto y muy natural recelo. Digo natural, porque sabiendo que la Iglesia Romana introdujo en su Biblia, por acuerdo tomado en la sesión IV del Concilio de Trento (1545-1563), la mayor parte de los apócrifos del Antiguo Testamento (A. T.), a pesar de no contar los tales en el canon hebreo y haber sido, por tanto (claro está que también por su condición especial), desechados por la Iglesia Evangélica, ya suena lo apócrifo algo así como a «ilegal». Sin embargo, nada hay menos infundado que tal recelo o temor, tratándose de libros buenos, interesantes y hasta provechosos. «Apócrifo» significa, en griego, «oculto», «secreto», «escondido», y con este sentido se aplicó dicho vocablo a aquellos libros de carácter históricorreligiosomoral, que no figuraban ni en el canon hebreo ni en el del Nuevo Testamento (N. T.) (1).

Los apócrifos del Nuevo Testamento

(1) Orígenes llama escrituras (del Antiguo Testamento) apócrifas a las que no se leían en la sinagoga. Más tarde, califica San Jerónimo de apócrifos los libros (del Antiguo Testamento) que no figuraban en la Biblia hebrea.

son los libros del Cristianismo primitivo, que no hallaron acogida en el canon (esto es, en la serie de libros declarados por la Iglesia Cristiana desde el año 140-400 como sagrados) del Nuevo Testamento. Se entiende por libros del Cristianismo primitivo aquellos que se escribieron antes del año 140, donde, próximamente, acaba la era postapostólica.

Casi todas esas escrituras figuran hoy en nuestro Nuevo Testamento, pero hay algunas que, aun habiendo sido consideradas o usadas durante largo tiempo como pertenecientes al Nuevo Testamento, fueron perdiendo poco a poco su carácter sagrado, hasta desaparecer por completo del canon. Numerosas citas de los padres de la Iglesia acusan el carácter autoritativo, por sagrado, de lo que hoy llamamos «apócrifos», y en las Biblias manuscritas más antiguas (de los siglos IV y V) figuran algunos de ellos como colofonium de las 27 escrituras canónicas. Sin embargo, los «apócrifos» pasaron paulatinamente a engrosar las filas de los libros piadosos, por no cumplir las condiciones exigidas por la Iglesia primitiva, condiciones que la Iglesia de Roma endosó en sus luchas contra la herejía y en

su afán de hacerse respetar como fundadora de normas de valor absoluto para todas las congregaciones cristianas. Según la Iglesia primitiva, podían aceptarse como lectura sagrada y de edificación:

1.º Los Evangelios que tratasen del Señor, su vida y sus hechos.

2.º Las Escrituras de mano de apóstoles del Señor o de discípulos de los apóstoles.

3.º Otras Escrituras que, no siendo ni Evangelios ni de origen apostólico, estuviesen inspiradas (como los dos primeros grupos); es decir, llevasen el sello pneumatológico.

Como Marcion se decidió a formar un canon propio (año 144), que sólo constaba del Evangelio de San Lucas y de 10 cartas paulinas, siendo, por tanto, y por su sistema antieclesiástico, expulsado de Roma, y fundó una Iglesia independiente, se vio la Iglesia romana obligada a establecer un canon, valiéndose, como apuntamos, de las normas por las que se regía la Iglesia primitiva para considerar la literatura religiosa como sagrada. Ni la Iglesia griega, ni la asiria, fueron, tocante a ese punto, tan rígidas como la romana, pero tampoco tan decididas y con tanta intuición.

A fines del siglo IV ya considera Roma como un delito el leer libros señalados por ella como apócrifos (1). Y la misma Carta a los Hebreos no fué aceptada en el canon como paulina, sino después de grandes disputas en los sínodos de Roma (382), Hippo (393) y Cartago (397). Y si aun alguna Biblia medioeval encierra entre mayúsculas de oro la «Carta a los Laodicenses» o el «Pastor», de Hermes, no por eso se vieron las Escrituras aquellas, que un día sirvieron de consuelo y gozo a las pequeñas congregaciones de entusiastas cristianos, libres de su condena a profanía eterna.

Se quisiera agrupar los apócrifos del Nuevo Testamento, cronológicamente, a no imposibilitarlo el desconocimiento del tiempo y lugar fijos en que vieron la luz. Por eso es preferible ordenarlos según su forma y contenido. Así tenemos: 1.º Evangelios. 2.º Cartas; y 3.º Libros didácticos.

Entre los tres grupos no hay, acaso, ninguno más interesante que el primero. Desgraciadamente, no poseemos sino restos de los Evangelios apócrifos, con los que no podemos formar una idea cabal de éstos. Pero, por lo menos, evocan los tiempos aquellos en que el entusiasmo y la veneración corrían parejas en las primeras congregaciones cristianas.

El Maestro había desaparecido, acaso para siempre; mas el eco de su palabra, la fama de sus milagros, la tragedia final de su vida y la gloria de su resurrección,

alentaron el fuego de Pentecostés. Como nuevos Homeros, pregonaban los «once» la revelación que les había sido dada.

Asiria, Arabia, la India, Egipto, Anatolia, Italia y España oían, atónitos, los relatos y las sanas doctrinas de bocas apostólicas. Y surgió el deseo de legar tales cosas a las generaciones venideras, narrándolas en papiros y pergaminos, en lengua griega y hebrea. Así se escribieron las «Palabras del Señor» (cuyos fragmentos los encontramos esparcidos en Mateo, Lucas y Juan), y «El Evangelio, según Marcos». Como ya se tenían noticias escritas y fidedignas acerca del Señor, se probó a escribir su vida, la cual prueba no debió atenerse demasiado a la verdad, cuando Lucas se decidió a superar a los muchos que habían tratado de «poner en orden las cosas que... han sido certisimas». Habiendo escrito Lucas su Evangelio entre los años 90 y 100 después de Jesucristo, podemos asegurar la temprana existencia de «otros Evangelios» que los de Marcos y Mateo. Y aun después de escrito el IV Evangelio, se siguen publicando, por decir así, Evangelios hasta mediados del siglo II después de Jesucristo. La diferencia de parecer (¡y sentir!) entre los mismos cristianos, acerca del Señor y sus doctrinas, que ya vislumbramos en las luchas del andariego Apóstol Pablo, habían originado congregaciones que, anejas o independientes de la Iglesia principal, deseaban poseer un Evangelio a su gusto. Una autoridad, sancionadora de los abusos y desvíos cometidos en tal asunto, no existía, hasta que Roma, obligada, como vimos, por el rasgo rebelde de Marcion, confirmó los cuatro Evangelios que hoy poseemos, como los únicos fieles intérpretes de la vida de Jesucristo. Es probable que esos cuatro Evangelios continuasen existiendo, durante algún tiempo, como un solo libro. Sin embargo, hasta fines del siglo II se leían y comentaban los apócrifos en las Iglesias cristianas, lo mismo que los canónicos, a excepción de aquellos que habían sido escritos expresamente para las sectas gnósticas.

Una prueba del respeto y veneración en que eran tenidos los apócrifos es el uso que de ellos hacen los padres de la Iglesia, lo cual veremos más adelante.

Además de los libros apócrifos contamos con palabras de Jesús, citadas por los Padres de la Iglesia y en escrituras acatólicas y gnósticas, que no están ni en los cuatro Evangelios ni en los Evangelios apócrifos que conocemos:

- 1.º Evangelio según los Nazarenos.
- 2.º Evangelio según los Hebreos.
- 3.º Evangelio según los Egipcios.
- 4.º Evangelio según los Ebionitas.
- 5.º Evangelio según Pedro.

A los cuales se pueden añadir los: Evangelio según Tomás. Evangelio según Jacobo.

El primero relata la infancia de Jesús (sus juegos infantiles y sucesos escolares), y el Evangelio de Jacobo narra la

vida de María hasta la matanza de los Inocentes.

El «según» de los cinco Evangelios apócrifos tiene el mismo valor que el de los canónicos. Eusebio, por ejemplo, nombra en su *Historia Eclesiástica* el Εὐαγγέλιον Καθ' (según) Ἐβραίων, Orígenes también cita el Ε. κατὰ Αἰγυπτίους. Es decir, los Evangelios apócrifos tienen como característica principal el haber sido escritos (o usados) por cristianos palestinos, ebionitas o egipcios, y el de Pedro supone a éste apóstol por autor.

1.º EVANGELIO SEGÚN LOS NAZARENOS (1).

Hasta hace pocos años no se tenía apenas noticia de este Evangelio, por confundirle con el de los Hebreos, lamentable equivocación de la que Jerónimo se hace culpable, pues él estudió en el original el Evangelio de los Nazarenos (en Perea) y le tradujo al latín, denominándole, por acogerse a Orígenes, falsamente Evangelio de los Nazarenos.

En realidad, se trata de una nueva redacción del Evangelio de San Mateo, escrita a modo de targumín (traducción al arameo) en lengua aramea a fines del siglo I, después de Jesucristo, y usada por los judíos cristianos (católicos) de Perea.

De mucha más importancia es el (2)

2.º EVANGELIO SEGÚN LOS HEBREOS.

El hecho de pertenecer este Evangelio a las congregaciones de judíos cristianos, que en el fondo tan adversos se mostraban a las Iglesias de los gentiles, le da ya un cierto prestigio. Sin duda por su carácter especial, que le colocaba a la altura del Evangelio de San Mateo, fué usado como autoridad por Clemente de A., Orígenes y Jerónimo, cuyos citados ayudan a su reconstrucción. Se escribió en griego, en Palestina, a principios del siglo II, pero su forma de expresión es semita, siendo posible que también estuviese traducido al arameo. La disposición es parecida a la del Evangelio de San Mateo, contando asimismo con muchos de los pasajes de éste. La historia de la mujer adúltera (Juan, capítulo VII-53; VIII, 11) pertenece al Evangelio de los Hebreos. No faltan tampoco sentencias de Jesús, como la siguiente: «El que busca no cesará hasta haber hallado, y el que halle se admirará, y el que se admire dominará, y el que domine descansará» (3) (3ª).

Pero hay también pasajes con un cierto sabor a magia que repugnan al lector de los Evangelios canónicos, como en la ocasión en que Jesús cuenta: «Ahora mis-

(1) Hegesipo (Eusebio: *Historia Ecl.*) le nombra Συριακόν.

(2) Tiene pasajes paralelos a Mat., III, 13; 16-17; V, 24; XII, 10; XVIII, 12-21; XIX, 16; XXIII, 35, etc.

(3) Dicha sentencia se lee en los papiros descubiertos en Behnesa (Egipto) en 1896-97, escritos entre los siglos II al IV.

(3ª) Lee Mat., VII, 7 y sig.

(Continúa en la página 261.)

(1) Nuestro compatriota Prisciliano, condenado a muerte por Roma en 385, fué acusado, entre otras cosas, de preferir los libros apócrifos a los canónicos.

ESPAÑA EVANGÉLICA

SEMANARIO PROTESTANTE

Precios de suscripción.

España y Portugal:

Un año	8 pesetas.
Semestre	4 »
Paquetes de 10 a 50 ejemplares . . .	6 »
por ejemplar al año; de 51 ejemplares en adelante	5 »

Extranjero:

América, Francia e Italia, un año . . .	10 pesetas
Semestre	5 »
Paquetes de 10 ejemplares en adelante . . .	8 »
por ejemplar al año.	
Los demás países: un año	15 »
Semestre	8 »
Paquete de 10 ejemplares o más a . . .	12 »
por ejemplar al año.	

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN:

BENEFICENCIA, 18. MADRID (4)

TELÉFONO 33.590

APARTADO 4.024

oooooooooooooooooooooooooooooooooooo

CRÓNICA

Sin trabajo.

UN problema pavoroso de nuestro tiempo, de todos los países, pero especialmente de los más industrializados, que es como decir de los más adelantados. Lo tienen en forma gravísima Inglaterra, Alemania y los Estados Unidos. En un principio se achacó a la guerra europea que había perturbado tan hondamente toda la vida económica e industrial de los pueblos. Pero es el caso que pasan los años y el problema parece cada día más insoluble. Otras heridas abiertas por la guerra se van sanando, aunque muy lentamente.

El paro forzoso de millones de obreros, lejos de remediarse, adquiere cada día mayores proporciones. Es la pesadilla más angustiosa de los Gobiernos.

Si todo se arreglara tan fácilmente como lo arregló el padre de familia en la parábola de los obreros enviados a la viña Aquel buen padre de familia se encontró también con el problema del paro: hombres que querían trabajar y que no trabajaban porque nadie los ajustaba.

El lo arregló enviándolos a su viña, aunque fuera a la hora undécima y pagando a los últimos enviados como a los primeros. Era todo muy sencillo en aquellas primitivas relaciones de capital y de trabajo. Y sin embargo, la solución del problema está seguramente en el espíritu en que aquel hombre, que era bueno, dió solución al suyo. Y en cierto modo, por

ESTE NÚMERO
HA SIDO REVISADO
POR LA CENSURA

ese camino la buscan también los Gobiernos más adelantados. No pueden abandonar al hambre a sus millones de obreros parados y, proveen a su mantenimiento, echando sobre el Estado una carga abrumadora, que los contribuyentes soportan comprendiendo que es inevitable.

En otro tiempo no muy lejano, se hubiera dicho que el remedio debía dejarse al libre juego de las leyes económicas. Este juego traía sus alzas y bajas del trabajo manual como de cualquier otro elemento de riqueza. Obreros de una industria determinada podrían ser muy buscados en ciertas épocas y harían entonces valer sus servicios; estarían en otras épocas más abundantes de lo que el trabajo requería y entonces quedarían parados o se verían obligados a trabajar por un jornal insuficiente. Mientras eran relativamente pocos los que sufrían las consecuencias de las despiadadas leyes económicas, la situación no preocupaba grandemente. Pero cuando las víctimas fueron muchas y se unieron y clamaron por sus derechos, hubo que buscar alguna solución que no fuera la ofrecida por el libre juego de leyes tan ciegas.

¿Cuánto más vale un hombre!

Los principios que hoy iluminan el camino hacia la solución no son rígidas leyes económicas, sino sentimientos profundamente humanos y profundamente cristianos. Uno de estos principios es que el trabajo humano no debe considerarse como una mercancía. Detrás del trabajo está el trabajador y el trabajador es un hombre, y un hombre no es nunca un medio, sino un fin. Que viene a ser, en lenguaje moderno, lo mismo que pensó el padre de familia de la parábola cuando vió en cada uno de sus jornaleros un hombre y no unas cuantas horas más o menos de trabajo.

A dónde nos llevarán estos principios es difícil preverlo. Evidentemente hay algo equivocado e injusto en la actual organización industrial y económica cuando se producen tales conflictos. El remedio no está en renegar del progreso y volver a una manera más primitiva de vivir. Una vida más sencilla podría traernos otros problemas más dolorosos todavía, como son esas hambres que con terrible frecuencia afligen provincias enteras de la China.

El remedio está en buscar el bien general y no el enriquecimiento de unos pocos, en llevar el espíritu de cooperación y de servicio allí donde impera el espíritu de codicia y egoísmo. ¿Por qué ha de haber hombres sin trabajo? ¿Es que hemos hecho ya todo lo que se debía hacer? ¿Es que toda la inmensa familia humana está bien alimentada, bien vestida y bien cobijada? ¿Es que hay pan, y luz, y aire, y salud y alegría para todos? Loca debe de estar la Humanidad cuando habiendo tanto que hacer hay en los países que se llaman más civilizados mi-

llones de hombres para los cuales no se encuentra trabajo.

Escuelas sin Dios.

Nuestro querido colega francés *Le Christianisme* publica un artículo acerca de la guerra implacable que una Asociación de Maestros nacionales hace en Francia a toda idea religiosa. Sus miembros querían desterrar de la escuela la idea y aun el nombre de Dios. Una especie de Comisión expurgatoria ha revisado los libros de texto, cambiando todas las frases en que se expresa algún sentimiento religioso o se habla de Dios. Aun Voltaire resulta demasiado piadoso para estos nuevos pedagogos; unos versos suyos en que se dice que «Dios quiere que el corazón y la mano se abran a los necesitados», fueron suprimidos. La misma fábula de La Fontaine que empieza:

Petit poisson deviendra grand
Pourvue que Dieu lieu prête vie.

se ha cambiado en

Petit poisson deviendra grand
Pourvue qu'on lui laisse la vie.

Esta no es la escuela neutral, ni aun la escuela laica en el verdadero sentido de la palabra. Es una escuela regida por un fanatismo tan intolerante como los peores fanatismos falsamente llamados religiosos. Y sin embargo, es la escuela que amenaza propagarse precisamente en los países donde la enseñanza religiosa ha estado dirigida por una Iglesia dominadora y absorbente, más preocupada de su propio poder mundano que de la formación espiritual de la juventud.

No olvidamos que una ola de ateísmo inunda hoy el mundo y que tanto los países protestantes como los católicos romanos están expuestos a los ataques de la incredulidad y de la irreligión. Desgraciadamente no hay nación inmunizada contra este peligro que preocupa actualmente a la Iglesia Cristiana. Pero si sostenemos que una instrucción religiosa verdaderamente evangélica, que familiariza al niño con las palabras y con la persona de Cristo, ofrece la mejor defensa posible contra las enseñanzas materialistas y ateas.

Otro aspecto más luminoso.

Para que mis lectores no se queden con una impresión demasiado pesimista de nuestro país vecino, voy a referirme a otro hecho que el mismo semanario comenta en uno de sus últimos números. Se trata de una solemnidad académica en un Liceo o Instituto de segunda enseñanza: el reparto de premios. El catedrático encargado del discurso es el de Filosofía. Su tema: «el deber de amar». Y en el curso de su peroración ha dicho: «Mirad la oración cristiana... no podemos dirigir a Dios una invocación más rica de sentido que la del Padre nuestro. Mirad el lema republicano: nuestras esperanzas sociales no pueden sobrepasar el sueño magnífico de una fraternidad universal.

Amad a Dios, amigos míos... no con

un amor inmóvil, sino con un amor tier-
no, que se dirige a un conocimiento más
perfecto de su objeto, con un amor que
comunica a nuestras vidas frágiles un
valor eterno y que se vuelve sobre todos
nuestros afectos humanos para ordenar-
los, sostenerlos, profundizarlos, transfor-
marlos...»

Y ha terminado hablando de Cristo,
como «el más grande maestro del amor
que el mundo ha conocido».

El escritor nos dice que los párrafos
más significativos de este discurso, y espe-
cialmente los que hablaban de Jesucristo,
han sido calurosamente aplaudidos. Hay
sed de Dios y anhelo de verdadera fe, aun
en los pueblos que consideramos más
invasidos por la indiferencia religiosa.

«Dios tenga piedad de mí».

Leo en *La Voz* una noticia que pue-
poner un final adecuado a lo que va
dicho.

Un italiano que intentaba penetrar en
Francia pereció en los ásperos pasos de
las montañas. Cuando hallaron su cadá-
ver, encontraron un carnet en el cual
había escrito:

«He caído desde una roca. Me he per-
dido en la niebla y me encuentro des-
amparado, y aunque espero que alguien
venga a sacarme de esta situación, en el
camino contrario, que Dios tenga piedad
de mí. Si cuando me encuentren he muer-
to, deseo que se comunique la noticia a
mi padre y se le diga que mi último pen-
samiento ha sido para él».

Un progreso que privara a los hombres
de esta súplica y de esta esperanza en
presencia de la muerte, sería merecedor
de execración, por grandes que fueran las
comodidades y placeres que hubieran
conseguido para su vida terrena.

LECTOR

SE SIGUE

Los libros apócrifos del Nuevo Testamento.

mo me había cogido mi Madre, el Espí-
ritu Santo (1), por los cabellos y me llevó a
la montaña inmensa de Tabor».

Los judíos cristianos de Egipto usaron
el Evangelio de los Hebreos, pugnando
contra los gentiles que se inspiraban
en él.

3.º EVANGELIO SEGÚN LOS EGIPCIO.

Del cual sólo conocemos los citados
de Clemente, de Orígenes y Epifanio.
Ni el tiempo ni el lugar de su proceden-
cia pasan del terreno de las posibilida-
des. Ciertamente es que figuraba como «el
Evangelio» de los gentiles egipcios en el
siglo II, y que conoce los sinópticos (Mar-
cos, Lucas y Mateo). Su carácter, excesi-
vamente ascético, le da un tinte especial.
Además, condena el matrimonio.

(1) El espíritu tiene en hebreo (*Ruaj*), género fe-
menino.

En la 2.ª Carta de Clemente se citan al-
gunas palabras del Señor, que no figuran
en nuestros Evangelios, pero que perte-
necen «al de los Egipcios»: «El Señor ha
dicho: Si vosotros, que estáis alrededor
mío, no cumplís mis mandamientos, Yo os
echaré de Mí y os diré: apartaos de Mí, pues
no sé quién sois ni de dónde venís, que-
brantadores de la Ley» (cap. IV, 5(a). «Se-
réis como ovejas» en medio de lobos (b).
Y respondió Pedro diciendo: «¿Y si los lo-
bos devoran a las ovejas? Jesús dijo a
Pedro: No temen las ovejas al lobo es-
tando muertas; tampoco vosotros temáis
a los que sólo pueden quitaros la vida,
empero temed del que tiene poder sobre
cuerpo y alma, después de vuestra muer-
te, para arrojarlos en el infierno» (capi-
tulo V, 2-4).

«El Señor dice en el Evangelio: Si vos-
otros no cuidasteis de cumplir en lo po-
co, ¿quién os dará en custodia lo mu-
cho?» (c).

(Acaso pertenezcan también las pala-
bras citadas en el capítulo XII, 2, al Evan-
gelio de los Egipcios.) (d).

4.º EVANGELIO SEGÚN LOS EBIONITAS.

Este Evangelio es obra de los gnósti-
cos judíos cristianos del Jordán y de la
Siria del Este. Escrito primero en griego,
pasó a ser el Evangelio de los *elkeasi-
tas* (e). Recibe su nombre de los menos
preciados judíos cristianos, a quienes se
dió el apodo de Ebionim (pobres), que
con el tiempo alcanzó significado herético.
Por Epifanio, que nos ha legado los
únicos restos de dicho Evangelio, sabe-
mos que estaba inspirado en los Evan-
gelios de Lucas y Mateo. Orígenes, Ambro-
sio, Jerónimo y Teofilato nombran un
Εὐαγγέλιον κατὰ τῶν δώδεκα (Evangelio
según los doce Apóstoles), que es idéntico
al de los Ebionitas.

El carácter del Evangelio de los Ebi-
onitas es una mezcla de pensamientos ju-
diocristianos (Circuncisión, Sábado, des-
autorización de Pablo, escrupuloso cum-
plimiento de la Ley) y aspiraciones gnós-
ticas (astrología, magia, comunión con
pan y sal, sin vino, doctrina de la reencar-
nación de Adán en Jesucristo (f)). Por fin
cierra el ciclo de los Evangelios apócrifos
el

5.º EVANGELIO SEGÚN PEDRO.

Por el año 200 cita Serapio de Antio-
quía este Evangelio, y Orígenes parece
conocerle, mas sin orientarnos acerca de
su contenido y forma. Así perduró el mis-
terio hasta el año 1892, en que se descu-
brió en el sepulcro de un monje egipcio un
códice de pergamino; conteniendo, entre

(a) Lee Luc., XIII, 27.

(b) Luc., X, 3; Mat., X, 16.

(c) Luc., XVI, 10 y sig.

(d) Tiene los pasajes de Mat., V, 17; XIX, 12.

(e) Una secta fundada en los tiempos de Trajano
por Elkeasi (o Elchasi) y que acabó en un grupo
de adoradores del sol, a las orillas del Mar Muerto.

(f) Tiene pasajes paralelos a Luc., III, 23; Ma-
teo, IV, 18-22; III, 4 y 5; III, 1; III, 13-17, y XII, 47-50.

otros textos, 60 versículos de un Evan-
gelio desconocido, en el cual el Apóstol Pe-
dro relata la Pasión y Muerte de Jesús
y su Resurrección. Como no es posible
que hubiese un Evangelio que sólo constase
de tales sucesos (pues entonces no se
hubiera llamado nunca Evangelio), te-
nemos que creer en la pérdida de las
otras partes del libro. Su carácter profun-
damente doquetista — esto es, despoja al
Señor de su personalidad terrena para
convertirle en un espíritu de lo alto— acusa
su procedencia gnóstica, y al mismo tiem-
po indica que bien pudiera tener su cuna
en Siria. (Serapio de Antioquía dice que
las congregaciones sirias usaban el Evan-
gelio de Pedro en el siglo II.) Por su ca-
rácter tampoco podemos suponerle escri-
to antes del año 130 (a).

Aunque una exposición tan somera de
los Evangelios apócrifos no pueda capa-
citar para, colocándoles en parangón con
nuestros cuatro Evangelios, desecharlos,
se adivinan los motivos que movieron a
la Iglesia de Roma para no sancionarlos
como sagrados. Verdaderamente que, al
lado de los sinópticos y el 4.º Evan-
gelio, no pueden abrigar los apócrifos aspi-
ración alguna, si no es la de legarnos
unas pocas palabras del Señor y enseñar-
nos a apreciar la valía de nuestros Evan-
gelios.

Comparaciones no son, en este caso,
odiosas, y el conocimiento de libros que
un día gozaron de la misma considera-
ción de los que hoy llamamos sagrados,
no añade ni quita nada a la fe, pero sí
nos afirma en el convencimiento de que
nuestro Nuevo Testamento es un tesoro
que nos resarce de muchas otras necesi-
dades.

En otro artículo nos ocuparemos de las
Epístolas y Libros didácticos apócrifos,
considerándolos, por su carácter especial,
desde otro punto de vista que los Evan-
gelios.

MANUEL GUTIÉRREZ MARÍN.

Las misiones alemanas.

El Anuario de 1930 de la Misión evan-
gélica alemana, da las cifras siguientes:
25 sociedades de misiones protestantes
alemanas, que tienen sobre los campos
misioneros 1.301 misioneros europeos,
ayudados por 9.062 indígenas retribuidos;
947.713 cristianos de origen pagano;
3.661 escuelas primarias; 84 escuelas su-
periores, con un total de 193.347 alumnos.
La Alemania protestante ha dado en 1928
más de once millones de marcos (más
de 22 millones de pesetas) para las mi-
siones.

(a) El Evangelio de Pedro tiene pasajes paralelos
a Mat., XXVII, 26, 33-44, 45-51; Luc., XXIII, 48, y Ma-
teo, XXVIII, 11-15.

INFORMACIÓN EVANGÉLICA

La Federación de Iglesias.


Reunión del Directorio.

Por las presentes líneas se notifica a los miembros del Directorio de la Federación que la primera reunión tendrá lugar el sábado 24, a las once de la mañana, en la Iglesia de la calle de Isabel la Católica, 14, en Santander.

Por la libertad de cultos.

La Alianza Evangélica Española hizo un llamamiento a la juventud cristiana residente en Madrid para que ésta dijese lo que estimara oportuno sobre «la organización de una campaña por la libertad de cultos». La juventud cristiana respondió a este requerimiento reuniéndose el día 11 de los corrientes en el Salón-Capilla del Colegio del Porvenir. No fueron muchos los jóvenes que asistieron, pero sí los suficientes para hablar con entusiasmo y sinceridad sobre el asunto. Es necesaria una campaña de tal especie; es preciso aunar las fuerzas para llevarla a cabo; es menester el vigoroso empuje de la juventud cristiana para organizar los diversos actos a realizar, para que en ellos se patentice el anhelo de una parte considerable del pueblo español, que está llamada en el mañana a dirigir, o por lo menos a compartir con otros, los destinos de nuestra patria. Tales manifestaciones, frutos de un espíritu evangélico, honran al protestantismo hispano. La juventud habló y habló bien. Los obreros cargados de años y de trabajo, animosamente, quizá algunos más jóvenes que los mismos jóvenes, alentaron con sus palabras, hijas de la experiencia, las discusiones; indicaron los métodos, allanaron, en una palabra, el camino. Se tropezó, no obstante, con una dificultad seria: la de que al acto no asistía representación oficial alguna por parte de la juventud. Hubo, pues, que llegar a una conclusión presentada por el joven don David Clemente: La Alianza Evangélica Española dirigirá esta campaña, y su Secretario expresará a los distintos pastores de las Iglesias establecidas en Madrid y a los presidentes de las diversas agrupaciones juveniles cristianas, el deseo de saber el medio o los medios con que dichas juventudes pueden ayudar a la misma para convertir en realidad el proyecto de la citada campaña por la libertad de cultos. Presidió el acto con mucho acierto el señor Cabrera, y tomaron parte en el mismo, a más de un buen número de jóvenes, los pastores y obreros señores Fliedner (D. Teodoro), Lindegaard, Gutiérrez Marín, Araujo (D. Adolfo), Saco y otros.

Recomiende a sus amigos

 ESPAÑA EVANGÉLICA

Notas breves.

El día 27 del pasado fué bautizada en la Iglesia de Pradejón la niña Lidia, hija de los miembros de la misma D. Andrés Ezquerro y D.^a Sara Aragón. Nuestra sincera felicitación.

— En el breve espacio de tres meses, la congregación de El Salvador, Noviciado, Madrid, ha visto partir de su seno a la patria mejor a tres de sus queridos miembros: el 6 de Junio, el joven y entusiasta hermano D. Julio Cañardo; luego, la anciana y fiel hermana D.^a Asunción Caro, y ahora, el 9 de Agosto, después de penosa enfermedad, la querida hermana D.^a Rosa Criado. «Nuestra vivienda es en los cielos, de donde también esperamos al Salvador».

Conferencias bíblicas de vacaciones.

ARENAS DE SAN PEDRO (Provincia de Ávila.)

El programa publicado en este periódico, hace pocos días, ha sufrido una pequeña modificación. Las Conferencias tendrán lugar del 24 al 31 de Agosto, ambos inclusive.

La llegada a Arenas deberá hacerse el día 23, y la salida, el 1.^o de Septiembre.

Entre los oradores que han tenido la amabilidad de tomar a su cargo las Conferencias, figuran D. Adolfo Araujo, D. Arturo Chapell y D. Edmundo Woodford.

La pensión completa para los ocho días es de 24 pesetas.

No demoréis el escribir al secretario, D. Edmundo Trenchard, calle Provincial de Trujillo, Arenas de San Pedro (Ávila).

No perdáis la oportunidad de pasar una semana en la pintoresca Sierra de Gredos.

SUPPLICAMOS a los suscriptores de paquetes que aún no han abonado el segundo trimestre del año en curso, procuren hacerlo antes de que termine el mes actual.

Envíos certificados.

Algunos de nuestros suscriptores han solicitado que se les envíe el periódico certificado. Sentimos mucho no poder acceder a esta demanda, pues aparte de la pérdida de tiempo que supone la imposición de certificados, ello gravaría enormemente el precio de suscripción, pues naturalmente, siendo el importe del certificado de 0,30 pesetas, nos es imposible cargárselo al periódico.

Por nuestra parte estamos dispuestos a sacrificar un poco de nuestro tiempo, siempre que el abonado nos envíe anticipadamente el importe de los certificados, que es de 15,60 pesetas al año, si desea recibir el periódico semanalmente, y de 3,60 pesetas, si desea recibir los números de cada mes juntos en un solo paquete certificado.

La verdad en su punto.

En el número de Julio de *Heraldo Cristiano*, de la Habana, hemos leído, con la natural sorpresa, que el Congreso de obreros evangélicos (obrerios cristianos le llama el querido colega) de Sevilla, es uno de los frutos del Congreso Evangélico de la Habana.

No, queridos amigos, no. Esa Conferencia de obreros evangélicos de Sevilla fué resultado, consecuencia, fruto, si así quiere llamársele, del Congreso Evangélico Español, celebrado en Barcelona hace ahora un año; Congreso organizado por la Alianza Evangélica Española, organizadora también del primer Congreso Evangélico Español, celebrado diez años antes en Madrid, y acordado entonces cuando ni siquiera existía el pensamiento del Congreso de la Habana. Ni el Congreso de Barcelona antes, ni la Conferencia de Sevilla ahora, han tenido que ver nada para su organización con el Congreso de la Habana ni tampoco lo tuvieron las conclusiones en uno y otra votadas.

El papel de "España Evangélica"

Los Almacenes Generales de Papel nos han comunicado que desde este mes el papel tendrá un aumento de precio como motivo de la baja de la peseta, y quizá no sea el último. Sin embargo, hemos hecho un convenio, mediante el cual mejoramos la calidad del papel, como puede verse en este mismo número, sin que ello suponga tengamos que abonar mayor cantidad que la que tendríamos que pagar por el papel que hemos venido usando hasta ahora.

Nuestros generosos amigos.

Nos han enviado desde 1.^o de Julio los siguientes donativos para ayuda de esta publicación.

	Pesetas
Rafaela Linares, Madrid	1,-
Amparo Gómez, Madrid	2,75
José Madrazo, Nueva York	14,00
Ramón Bonhome, Algeciras	1,-
Carlos Langots, Cartagena	3,-
Ángel Marón, Madrid	20,-
Francisco García, San Fernando	3,-
Tres hermanos de Río de Janeiro	34,-
TOTAL	78,15

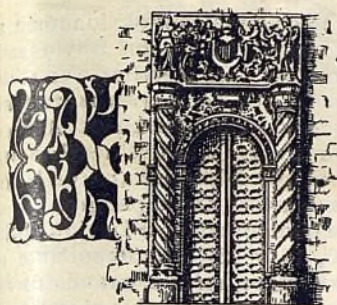
Muchas gracias a todos los donantes.

Nuestra Estafeta.

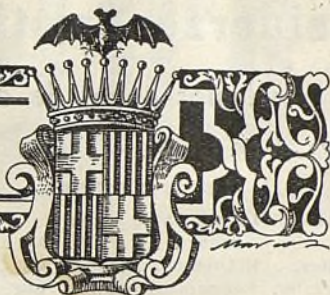
S. G. R., Barcelona. — Repetido el envío del número del 24 de Julio.

H. M., La Línea. — Repetido el envío del número del 10 de Julio.

Enfermería Evangélica, Barcelona. — Recibido importe de los anuncios. Muchas gracias.



MEMORIAS DE UN PROTESTANTE POR ANTONIO VALLESPINOSA



CAPÍTULO XIV

Revolución de la Artillería en Madrid. — Persecución de los liberales. — Destierro de generales. — Sublevaciones en Cataluña. — Llegada de jefes revolucionarios. — Alderete, Marbeuf y el padre Aguayo. — Persecución de su prelado. — Su fuga a Gibraltar y a Lisboa. — Salida para Orán. — Hérotes de Tejada. — Lafuente. — Flitito y sus aventuras.

DESDE la sublevación de Prim, que fué el 2 de Enero de 1866, los Gobiernos del Estado no se consideraban seguros en el Poder, pues sabían muy bien que aquel general era hombre de nervio e infatigable, y que seguiría conspirando hasta alcanzar su fin, que era echar del trono a la reina, la cual detestaba todo lo que olía a libertad.

El rigor y tiranía de los gobernantes de Isabel II, hizo emigrar a muchos liberales al Extranjero. Por otra parte, se conspiraba mucho entre la tropa y especialmente en la clase de sargentos, sublevándose los de Artillería de Madrid, con otros de Infantería, el 22 de Junio del mismo año, bajo las órdenes del general Pierrad. Mataron a varios oficiales que querían impedir el movimiento, y acompañados de sus soldados sacaron a la calle veinticuatro piezas de artillería del cuartel de San Gil, tomando los puntos principales de la población. El Gobierno reunió todas las tropas y batió a los sublevados. Formóse consejo de guerra, y el resultado fué el fusilamiento de sesenta y seis sargentos de Artillería y algunos de Infantería. Y lo más chocante es que el día en que escribo estas líneas (6 de Febrero de 1880), aún no han aparecido dos de las piezas, de las veinticuatro que salieron a las calles de Madrid. La revolución fué vencida por no haber cumplido sus compromisos muchos sargentos de otros regimientos que estaban comprometidos.

O'Donnell, capitán general y jefe del partido que realmente salvó a la Reina en las dos sublevaciones, cayó en desgracia, pasando las riendas del Estado a manos de González Bravo, aquel que en pleno Parlamento dijo que gobernaba «a la sombra de Narváez», que fué el tirano del siglo.

Desde que González Bravo entró en el Poder no hubo más que emigraciones, prisiones y deportaciones. Todas las per-

sonas notables del partido liberal sufrieron de este segundo tirano. Para ser perseguido no era necesario que se conspirase, sino que se pudiera conspirar. Así es que miles de letrados y obreros fueron arrancados del seno de sus familias y deportados leguas y leguas lejos de sus pueblos. La parte de España que sufrió más fué la de Cataluña. Sólo de Barcelona salieron deportados más de cuatro mil liberales.

O'Donnell murió poco después emigrado en uno de los pueblos de la frontera francesa. Sus partidarios eligieron unánimemente por el jefe al general Serrano, quien se unió a Prim para derribar a la reina y dar una libertad completa a los españoles. Desde entonces los conspiradores fueron muchos y de influencia, y de consiguiente el trono debía caer. Serrano, Caballero de Rodas y otros generales fueron desterrados separadamente a las Islas Canarias, y otros de la misma, y aun de menor categoría, a varios puntos de España, siendo todos vigilados muy de cerca por los esbirros del Gobierno.

El pueblo conspiraba con la tropa, y sus jefes mantenían una correspondencia activa con Prim, quien a súplicas del Gobierno fué expulsado de Lisboa, Biarritz, París, Bruselas y otros puntos, hasta que por último llegó a Londres, donde descansó y gozó de la libertad que se le había negado en otras partes. Mas la distancia era inmensa para transmitir las comunicaciones secretas que debían darse a los conspiradores.

Varias sublevaciones parciales hubo, que como es de suponer tuvieron un resultado fatal. Quejándome un día a un amigo militar y confidente del general Prim sobre esas inútiles y deplorables sublevaciones, me aseguró que siempre que se levantaba una partida lo hacía por orden del Comité revolucionario. Y la razón era esta. Se trataba de hacer un levantamiento general con la tropa y paisanos comprometidos. Dábanse las órdenes necesarias, y como a menudo llegaba a oídos del Gobierno, el Comité revolucionario, por no comprometer el golpe general, enviaba órdenes de suspender el levantamiento que se había mandado, y como muchas veces faltaba tiempo para comunicarlo a todos los comités de España, los que no tenían noticias de lo contrario, se echaban al campo, y como se hallaban aislados, tenían que sufrir sus inevitables consecuencias. Así es cómo tuvieron lugar tantas sublevaciones parciales, en las que se derramó tanta san-

gre inútilmente y se desanimó a los comprometidos en la sublevación general.

Lo peor de todo es que se contaba con muchísima gente, y cuando era el caso de dar el pecho, la mayor parte se quedaban en casa y dejaban a los otros en el laberinto en que estaban enredados. Las cuatro provincias catalanas tenían su lista y dieron el número de cuarenta mil paisanos dispuestos todos a echarse al campo a la primera señal de la revolución; mas el general Prim, que era práctico y experto en estos asuntos, rebajó la cifra a veinte mil; y sin embargo, cuando la ocasión llegó, no salió ni la tercera parte, debido, sin duda, al miedo al fracaso de las sublevaciones parciales anteriores.

Las partes de España en que más se conspiró fueron Cataluña, Valencia, Aragón y Andalucía. En las demás sólo conspiraba la tropa.

En la provincia de Barcelona se levantaron Casanovas y un carnicero llamado Targavina, con dos batallones de paisanos, y a los cuatro días, viendo que no respondían al llamamiento otros que debían seguirles, se retiraron todos a sus casas. El coronel Baldrich (actualmente teniente general) se sublevó en los alrededores de Barcelona con unos mil paisanos y unos doscientos sargentos expulsados del Ejército por sospechosos. En Papiol entraron en fuego, y después de dos o tres horas, se retiraron, y faltándoles la ayuda que se les había prometido, vagando unos quince días por la alta montaña de Cataluña, se refugiaron en Francia, después de haber burlado a las siete columnas que los perseguían.

Los revolucionarios de la provincia de Gerona contaban con unos cuatro mil hombres, y cuando los jefes se echaron al campo, no pudieron reunir ni un solo individuo; sólo el Comité, que estaba formado por nueve personas. Algún tiempo después se sublevó el regimiento de Bailén, que guarnecía la ciudad de Gerona, y no habiendo encontrado el auxilio que se le había prometido, se retiró a Francia.

(Se continuará.)

Este número de ESPAÑA EVANGÉLICA es el primer periódico impreso en los nuevos talleres de Tipografía Artística, Alameda, 10.

ESPAÑA EVANGÉLICA
se vende en Sabadell, en la
Librería de Piferrer.

Esfuerzo Cristiano Escuela Dominical

Andemos como de día.

Dom., 24 de Agosto. Rom., 13, 10-4.

Lecturas diarias.

Lunes . .	La estrella de la mañana.	Apoc., 22, 16-21.
Martes . .	El Oriente	Luc., 1, 67-69.
Miércoles .	Luz para los gentiles. . .	Luc., 2, 25-32.
Jueves . .	La luz del mundo. . . .	Juan, 1, 1-9.
Viernes .	Luces en el mundo. . . .	Mat., 5, 14-16.
Sábado .	Las naciones en la luz. .	Apoc., 21, 22-27.

Sugestiones.

Para que esta reunión sea un culto de himnos principalmente, pidase a la comisión de música que prepare himnos adecuados. Dedíquense quince o veinte minutos cantando algunos, alternándolos con oraciones. El que presida la reunión podrá explicar que andar en la luz significa andar con Cristo, y después digan algunos miembros cómo podemos andar con nuestro Salvador mientras estemos en el mundo.

La fragancia de la presencia de Cristo y el resplandor de su rostro, reflejado en nuestros rostros, moverá a otros a desear aquella compañía que ha producido tal efecto en nosotros; pero, después de todo, los hombres no pueden saber lo que es la compañía de Cristo leyendo libros acerca de ella o escuchando sermones u oyendo a otro contar sus experiencias. Es necesario ir directamente a Cristo, y el rostro del Señor se ilumina con el gozo más santo cuando se dirige hacia aquellos que le buscan a Él mismo, siguiendo su camino.

Ilustraciones.

Si un hombre cuyo cuerpo fuera luminoso y resplandeciente como el sol, anduviera a través de una comarca tenebrosa, todos los que le siguieran andarían en la luz, y mientras más cerca estuvieran de él, más clara sería su luz y más seguro su camino. El que sigue a Cristo sigue a uno de quien se derrama luz sobre el camino, descubriendo todas sus hondonadas, haciendo ver todas las piedras de tropiezo, mostrando todas sus vueltas y sus cuevas; así podemos caminar en salvo, confiados y alegres en nuestro camino.

Temas para pensar.

¿Qué significa andar en luz? ¿En qué podemos andar además de la luz? ¿Por qué debemos estar siempre junto a Cristo?

Sociedades infantiles.

La locura de la jactancia.

Dom., 24 de Agosto.

Prov., 27, 1.

¿Qué es la jactancia? ¿Por qué es una insensatez el jactarse? ¿Qué puede llevarnos a ser jactanciosos? ¿Qué dice San Pablo de los que se alaban a sí mismos? ¿Qué aviso nos da Salomón sobre la jactancia? ¿Qué discípulo se jactó de hacer algo que sus compañeros no hacían? ¿Qué le sucedió cuando le llegó la prueba? ¿Qué dijo Jesús de los que se ensalzan?

Jonathán y David: una amistad noble.

24 de Agosto.

1.º Sam., 18, 1-4; 20, 14-17, 32-42;

2.º Sam., 1, 25-27.

TEXTO AUREO: *El hombre que tiene amigos ha de mostrarse amigo; y amigo hay más conjunto que el hermano.* — Prov., 18, 24.

Una condición para que exista verdadera amistad, es que los dos amigos sean hombres de buenas cualidades, de carácter noble y amable. Cada amigo debe encontrar en el otro algo que admirar y amar. La verdadera amistad es imposible entre hombres de espíritu mezquino, egoísta o bajo.

Los amigos deben ser diferentes y, al mismo tiempo, semejantes. Debe haber algo que los una en un mismo pensar, sentir y querer; debe haber también diferencias que los hagan ser complemento el uno del otro, como dos voces de una misma música, que armonizan la una con la otra.

Estas condiciones se cumplían en David y Jonathán; sus caracteres, su educación, sus talentos eran diferentes; pero tenían ambos mucho que les era común. Jonathán podía apreciar el heroísmo de David, porque él también era valiente; la fe de David, porque él también era un hombre de confianza en Dios; la generosidad de David para con Saúl, porque él también era generoso hasta la abnegación y el sacrificio. Solamente un corazón grande y noble como el suyo podía haberse entregado a una amistad tan singular, porque debe tenerse en cuenta que aquellos dos hombres estaban en condiciones que hubieran podido hacerlos encarnizados enemigos; el más joven era el rival del mayor. Saúl no dijo a Jonathán ninguna cosa nueva cuando le anunció que, viviendo David, él no sería rey. Pero el magnánimo Jonathán comprendió mejor que su padre los planes de la Providencia y vió de buena voluntad que su amigo estaba destinado a ceñir la corona.

La amistad, como el amor, encuentra mil maneras de manifestarse. Una de ellas, en conformidad con las costumbres de la época, fué dar Jonathán a David sus propias ropas, su espada y su arco (1.º Sam., 18, 4). El cambio de ropas era una expresión visible de la comunión de sentimientos, de afectos y de propósitos que había de existir entre los dos amigos.

Jonathán tuvo no poco que sufrir para defender a David delante de su padre. Siendo un hijo bueno y leal, el único tal vez que tenía influencia sobre su padre, debió dolerle mucho ver que, al fin, no podía conseguir de él sentimientos de afecto hacia David.

El plan ingenioso que nos refiere la lección de hoy, fué obra de Jonathán. Para averiguar la actitud de su padre hacia David, corrió peligro de su propia vida, y cuando vió perdida toda esperanza, tuvo con David la conmovedora entrevista y despedida que encontramos en la lección.

David estaba escondido junto a la peña

de Ezel, cerca de la capital. Jonathán, según la consigna hecha con David, salió al campo como para ejercitarse en el tiro del arco. Lo que decía a su mozo tenía significado especial para David. Al decir: «¿No está la saeta más allá de ti?», avisaba a David que debía retirarse de la corte, porque su vida corría peligro.

Lo que hizo prometer a David (1.º Samuel, 20, 14 y 15), era importante en aquellos tiempos, en que, cuando un rey de una nueva dinastía subía al trono, terminaba la familia anterior para librarse de molestos competidores. Cómo cumplió David la alianza hecha con Jonathán, lo veremos más tarde en la historia de Mephiboset.

Así se despidieron los dos amigos, para no volverse a ver más, sino una sola vez, en el desierto de Ziph (1.º Sam., 23, 16).

Algo de lo que esta amistad fué para David, podemos descubrir en su admirable endecha a la muerte de Saúl y Jonathán (2.º Sam., 1, 19-27).

Bosquejo de Teología Cristiana.

Por W. N. Clarke.

La casa editorial «La Aurora», de Buenos Aires, ha puesto al alcance de lectores de habla española, una de las obras de Teología más renombradas en América del Norte. Profunda y rigurosamente lógica en su pensamiento, reverente en su tendencia, clara en su exposición, inspirada en muchas de sus páginas por una verdadera emoción religiosa, que no le permite caer en la sequedad de otros tratados didácticos. Un libro que enseña a pensar.

Más de 500 páginas en buen papel; encuadernación en tela.

Precio: 15 pesetas.

Pídase a
Sdad. de Publicaciones Religiosas
Flor Alta, 2 y 4, 1.º-MADRID
Teléfono 17.933

Obra muy interesante

Juan de Valdés

Diálogo de Doctrina Cristiana

Nuevamente compuesto por un religioso.

Precio: 3,50 pesetas.

Librería Nacional y Extranjera
Caballero de Gracia, 60-MADRID